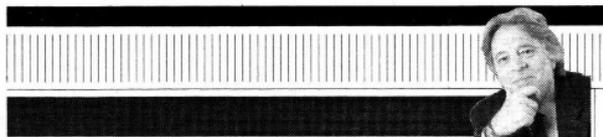


Alán Arias Marín



México: discurso falaz, crisis y quimeras

El potaje de declaraciones y pronunciamientos (Calderón, Ortiz, Carstens, Zedillo, et al) respecto del diagnóstico del modo mexicano de la crisis global, así como lo que refiere a la retórica de las políticas para paliar su severidad y consecuencias, constituye una puesta en escena de la propia modalidad mexicana de la crisis. Acciones que se agotan en sí mismas —su propio decir—, significados que son sus propios significantes, discurso acerca del discurso, pleonasmos de su vacío práctico inherente.

Impertinente reclamar al responsable del cálculo y la previsión respecto de la creación de expectativas sociales positivas. Ortiz debe hacer cuentas, enunciar escenarios y controlar la inflación; el presidente Calderón es el responsable de propiciar e inducir condiciones de confianza para la actividad económica. Malamente lo ha hecho. Presurosos y sucesivos anuncios de planes anticíclicos que se reeditan unos a otros y nunca se instrumentan; ceguera deliberada ante los síntomas de debilidad —desde inicios de 2008— en un entorno internacional ya crítico (mejor haber llegado a tiempo al resguardo que cabalgar inopinadamente en la tormenta...redivivo Jim Morrison..., *what?*).

El debate, centrado ahora en lo económico, si bien contaminado hasta los huesos por la violencia criminal y la inseguridad, resulta en una sobreactuación vulgar de la ineficaz clase política profesional. Nadie quiere o puede llamarla por su nombre: crisis sistémica, de sinergias perversas entre el desas-

tre económico, la descomposición social regulada por la violencia y la entropía de la política institucional aunada a la nebulosidad en el equívoco conceptual y estratégico de la "guerra" al narcotráfico.

El discurso es unilateral y consistentemente falaz. Se escuda y presume en el +1.8 de crecimiento del PIB en 2008, cuando esa cifra era expresión de una abrupta contracción de la actividad económica (-1.0 en el último cuatrimestre del año y 37 mil empleos formales perdidos en los dos últimos meses); y —más serio— ese crecimiento confirmaba una tendencia de limitación y estancamiento por de más de 10 años, el más bajo de América Latina (4.6% promedio en 2008). Imposible generar confianza en nadie, cuando ante la presión social por el sostenido y veloz incremento del precio del diésel, sale con un galimatías engaña-bobos disminuyendo el porcentaje de un aumento irreversible (igual con el alza del maíz, avalándola en un pacto que sólo la ponderaba a futuro). Lo mismo ocurre con la presunción de las reformas fallidas, fiscal, de pensiones y Pemex.

Tanto el foro doméstico, organizado por el liderazgo del Senado, como el declinante foro de Davos han ensamblado una discusión sobre la ostensible recesión mexicana por demás inútil, aún si ilustrativa de la ineficacia gubernamental y la anomia de la política. Una de las miserias mayores de la política mexicana contemporánea es su falta de respeto por el discurso,

su vaciedad conceptual, su disfuncional disonancia cognoscitiva, su penuria lingüística y —peor— su incongruencia moral orientada al juego mediático de corto aliento y al aderezo de la imagen.

La cuestión alcanza dimensión grave pues la política en México tiene su esencia en los pronunciamientos, la toma de posturas y en el declarar sin ton ni son tan sólo para aparecer. Revise Usted los periódicos o los noticiarios y verá las proezas periodísticas de vivir con escasas noticias y un océano cotidiano de decires (la excepción es la barbarie de la "guerra" al narcotráfico, si bien sus hechos sean atrocidades de la peor calaña humana). Si la palabrería ya es, de suyo, de alto riesgo banal, la política reconvertida a puro discurso anuncia la banalidad del quehacer práctico y lo redundante de la opulenta clase política actual.

Los hechos de la crisis —sus tres vertientes— son atronadores de realidad. Es una falacia que ofende a la inteligencia proclamar la crisis actual y sus consecuencias como producto unilateral del entorno externo; la eficacia destructiva de la crisis global en el país —el FMI insiste que golpeará con mayor ferocidad a México que al resto de América Latina— obedece a las condiciones internas de la economía y su articulación con un sistema extremadamente inequitativo de la riqueza, amén del peso muerto de más de la mitad de la población en condiciones de pobreza y pobreza extrema.

No es sólo el Presidente el de los discursos huecos y contradictorios, el de los decires para posicionarse políticamente de cara a las elecciones;

Continúa en siguiente hoja



pero es —por supuesto— el más lamentable; sobre todo, porque la conducción del Estado parece obedecer a esa entelequia discursiva disfuncional y carente de rigor, porque la cree idónea para legitimar algo, porque embarca al país en una quimera subjetiva. ■■

FCPyS-UNAM. Cenadeh.
alan.arias@usa.net

**Si la
palabrería
ya es,
de suyo,
de alto**

**riesgo banal,
la política
reconvertida
a puro
discurso
anuncia
la banalidad
del quehacer
práctico
y lo
redundante
de la
opulenta
clase política
actual**

